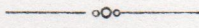


R. 94

España

SUS MONUMENTOS Y ARTES - SU NATURALEZA É HISTORIA



VALENCIA

POR

D. Gaudono Llorente



CLICHÉS DE A. GARCÍA — GRABADOS DE JOARIZTI Y MARIEZCURRENA

DIBUJOS Á PLUMA DE J. J. ZAPATER Y P. LLORENTE — CROMOS DE J. J. ZAPATER



TOMO I



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO - EDITORIAL DE DANIEL CORTEZO Y C.ª

CALLE DE PALLARS (SALÓN DE SAN JUAN)

1887

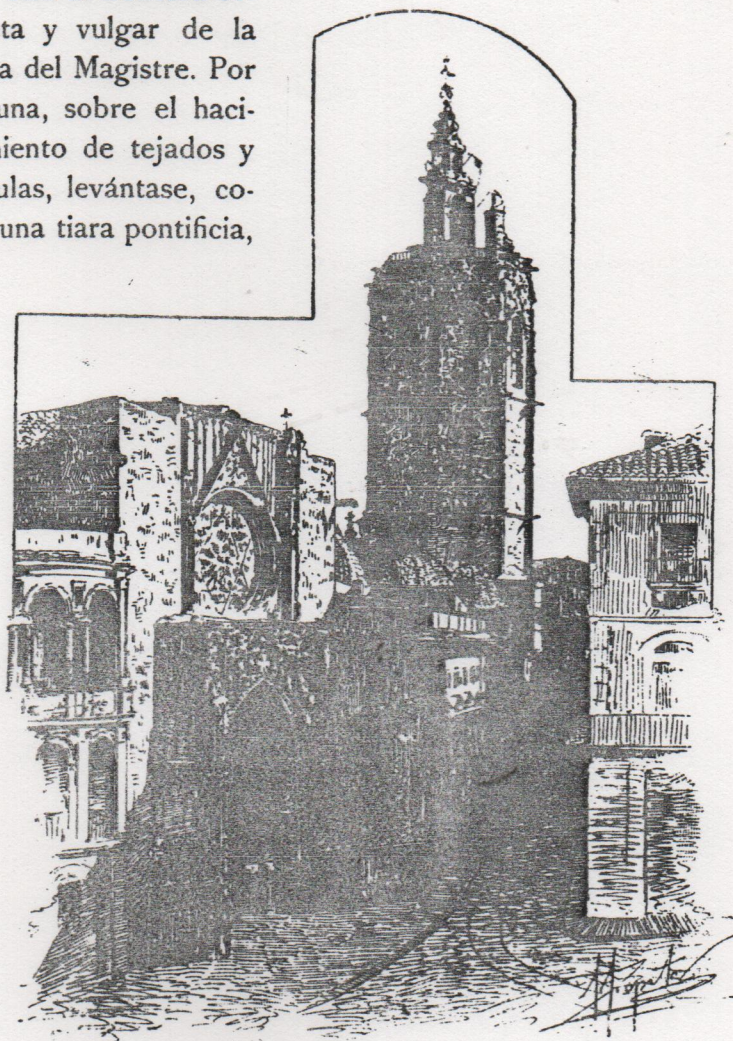
tas á los extremos del crucero, las mismas de hoy. Á un lado, á espaldas de las antiguas capillas de San Pedro y San Miguel, alzábase el campanario primitivo, torre de corta elevación.

No sabemos cuándo terminó esta obra primera de la Iglesia Mayor (1): sólo puede asegurarse que durante un siglo, ó más, continuó en aquel estado, hasta que, en la segunda mitad del xiv, durante el largo reinado de D. Pedro IV, comenzaron en Valencia las obras de carácter monumental. Dos grandes mejoras recibió entonces este templo: el obispo D. Vidal de Blanes construyó la grandiosa y grave Aula Capitular, y su sucesor D. Jaime de Aragón levantó fuera del recinto sagrado, pero próximo á él, como era costumbre en aquel tiempo, la magnífica torre de las campanas, que recibió el nombre de *Micalet*. Antes de terminada está obra, y entrado ya el siglo xv, comenzó otra, que es quizás la más artística de la Catedral: la de su luminoso cimborio, y á mediados de aquella centuria, cuando la iglesia de Valencia tuvo la gloria de que subiesen al solio pontificio dos de sus prelados, y adquirió la categoría de metrópoli, agrandóse el templo, construyendo la navada que se extiende del trascoro á la puerta principal de hoy, y uniendo al vasto edificio la fortísima torre (2). Quedó entonces terminada la Catedral Valentina.

(1) Podrían aclararse estas dudas y otras muchas examinando el Arch. de la Catedral, pero esto ofrece dificultades insuperables, porque sus documentos no están, según parece, bien ordenados y catalogados, y quizás por esto mismo se rehuye autorizar su consulta. Este mal no es de hoy: en el siglo pasado ya se quejaba el P. Teixidor de que no le dejaron ver aquel Arch., en el cual hubiese encontrado rico pasto su espíritu escrutador. Gracias á la amabilidad del actual archivero, he podido hojear los trece tomos ms. in folio, por Juan Pahoner, presbítero beneficiado de esta iglesia, que reunió muchas noticias bajo el título *Recopilación de especies sueltas perdidas, pertenecientes á esta Santa Iglesia Metropolitana y á sus preeminencias, donde se hallarán notadas ó continuadas varias Constituciones, Ordenaciones, Deliberaciones, Privilegios, Bullas, Providencias, Estatutos y diferentes Exemplares del caso*. Comenzóse esta recopilación en 1756. He visto y consultado en este Arch. otro libro ms. interesante: titúlase *Libre de Antiquitats*; lo escribió mosen Pedro Martí, presbítero y sot-sacrista de la Seo, y contiene noticias curiosas, no sólo de este templo, sino también de la historia civil y política de Valencia. La letra es del siglo xvi, y hay adiciones de diferente mano.

(2) Ximeno dijo (en sus *Escritores Valencianos*), y copiaron otros, que esta

del Cabildo, de elegancia profana y carácter pseudo-clásico, y por otra la frontera correcta y vulgar de la Casa del Magistre. Por fortuna, sobre el hacimiento de tejados y cúpulas, levántase, como una tiara pontificia,



VALENCIA.—VISTA DE LA CATEDRAL DESDE LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN

la linterna magnífica del Cimborio, y allá, en el fondo, la mole augusta del Miguelete.

La puerta de los Apóstoles, sin ser una maravilla, fija con

y otro lado de este último cuerpo, destácanse airosas sobre el cielo las imágenes de los dos santos dominicos Fr. Vicente Ferrer y Fr. Luís Bertrán, obra de Stolf. Coronan el remate un globo de bronce y una cruz de hierro, y al pie dos ángeles de piedra en actitud de adoración. Ante esta portada se extiende una lonja de figura elíptica, cerrada con verjas de hierro y bancos de piedra, y decorada en sus puntos de arranque con dos leones echados, que sustentan sendas tarjas con la cifra de María. Y al lado se levanta la torre del Miguelete.

¡El *Micalet!* Pocos nombres, muy pocos, habrá más dulces que éste para todo buen valenciano. Pocas imágenes habrá más gratas á su corazón y más fijas en su memoria que la silueta sencilla y severa de este obelisco octagonal, desnudo de todo adorno en los tres cuerpos inferiores, gallardamente perforado y esculpido en el cuerpo superior, cuyos relieves ojivales son como su marca de fábrica y su blasón arquitectónico, y terminado con el mezquino templete de la campana mayor, cuya insuficiencia decorativa hace resaltar más la grandiosidad de la torre gigantesca. Ella es el centro, la cumbre, la cerviz de la ciudad. «Perder de vista el Miguelete,» es la frase gráfica con que los hijos de Valencia, muy apegados á su cuna casi todos, expresan el tormento del destierro, la incurable nostalgia de la tierra natal.

De la familia del Conquistador era, y alientos reales tenía, el obispo que lo construyó. Llamábase, como él, D. Jaime de Aragón, y era primo hermano del rey D. Pedro IV. Hasta la muerte de su antecesor, D. Vidal de Blanes (1369), los prelados de Valencia habían sido elegidos por el cabildo. Hubo disensiones para la nueva elección, y el Papa Urbano V, á quien se dirigió el rey para que anulase el nombramiento hecho por la mayoría de los capitulares, puso radical remedio á aquellas cuestiones, asumiendo la designación de obispo, y ejerciendo esta facultad absoluta á gusto del monarca aragonés. Su primo, que era prelado de Tortosa, pasó á la silla de Valencia. Espléndido, fastuoso y desinteresado, como correspondía á su alto rango,

fué D. Jaime el pastor episcopal más propio para Valencia en aquella época en que la ciudad del Turia se embellecía y magnificaba. El pueblo y el clero le admiraban y le querían por igual, porque para todos era igualmente generoso. Parecióle mezquina la torre de las campanas de la Catedral, y se propuso construir otra que emulase con las mejores de España. Pidió licencia al rey D. Pedro, para comprar y destruir unas casas cercanas al templo, y la obtuvo por carta real, fecha en Monzón á 28 de Mayo de 1376. Hasta 1380 no se adquirieron y derribaron once casitas, necesarias para despejar el terreno (1), y hasta el año siguiente no comenzó la obra, según quedó consignado en la inscripción que aún se lee en la base de la torre, á la parte de la puerta principal de la iglesia. « *Aquest campanar, dice, fonch comensat en lany de la Nativitat de Nostre Senyor Deu Jesu-christ MCCCXXXI. Reynant en Aragó lo molt alt Rey En Pere. Estant de Bisbe en Valencia lo molt alt En Jaume fill del alt infant En Pere e cosin germá del dit Rey.* » Añaden historiadores valencianos que se verificó la solemnidad de poner la primera piedra el día primero de año, y que se encargó la construcción á un famoso maestro cantero, llamado Amorós (2). Si fué así, no duró mucho su dirección: sabido es que en 1383 el maestro de la obra era Juan Franch, quien, por mandato del cabildo, iba á Lérida para estudiar el campanario de aquella catedral (3) Fueron despacio los trabajos, pues, pasados

(1) En el libro de Bononat Monnar, escribano del Cabildo, *Manual de actes comuns del any 1380*, está copiada la escritura de compra de estas casas, que fueron tasadas en 853 libras, sin los censos á que estaban afectas.

(2) Esto lo dice Orellana, refiriéndose á un ms. que no indica cuál sea.

(3) Pahoner, en su *Recopil. de especies sueltas*, dice que en el libro de fábrica colectado por mosén Bartolomé Ferrer, vió esta nota: « *Dilluns a vint y tres dies del mes de Mars del any MCCCXXXIII parti lo mestre de la dita obra del Campanar de Valencia, nomenat Joan Franch, e yo, de la ciutat de Valencia, et anam a Lleyda, de manament et ordinació del honorable Capítol per mirar les fayçons del campanar de la Seu, et per pendre les mides de aquell et de la claustra, et de les altres obres de aquella pera la Seu de Valencia necessaries, et estaguent vint dies, ço es, deu dies entre anar y tornar, et dos dias estiguem en Lleyda, son dotze dies, et huit dies que estiguem a Tortosa, etc.* »

veinte años, enviaba el Cabildo á la misma Lérida, á Narbona



VALENCIA
EL MIGUELETE

y otras ciudades, con igual encargo de estudiar sus campanarios, al maestro Pedro Balaguer, el constructor de las Torres de Se-

rmanos, encargado entonces de la obra emprendida por el obispo don Jaime, y que éste no pudo ver terminada, porque murió en 1396, colmado de honores y revestido con la púrpura cardenalicia (1). La torre estaba construída en 1418, y algunos escritores fijan este año para su remate: quedó hecho sin duda lo principal de la fábrica, pero no concluída por completo, porque en 1424 aún contrataba el cabildo con un cantero, que se obligó á acabar por dos mil florines el último piso con sus gárgolas, hacer la barbacana y el banco de contorno (2). Concluyóse la obra en 1425, y aún entonces, se le dió fin sin dejarla terminada. En 1426 acordó el Cabildo construir «un eminente y suntuoso pináculo, circuído y adornado de imágenes (3).» Este remate monumental, que hubiera sido digno coronamiento de la magnífica torre, quedó en proyecto. En nuestros días, avivada por la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, la devoción que de antiguo profesa Valencia á la Purísima, ideóse terminar con su imagen el Miguelete, y se abrió una suscripción al efecto: la fe flaca de la generación presente no respondió al llamamiento.

La altura de la torre es igual á su circuito: doscientos veinticinco palmos valencianos (4). Toda ella está construída de sillares, á los que han dado los siglos el matiz rojizo que toma la piedra en nuestro clima meridional, como si estuviese esmaltada con minio ó cobre. Enroscada escalera de doscientas siete gradass

(1) Da esta noticia del viaje de Pedro Balaguer el P. Teixidor, en sus *Antig. de Valencia*, diciendo que consta por la carta de pago de 50 florines que por las dietas le libraron, ante Jaime Pastor, escribano del Cabildo, en 5 de Junio del citado año.

(2) Consta también por escritura del cabildo con el cantero Martín Llobet, que cita el P. Teixidor.

(3) Por escritura ante Juan Llopis, en 5 de Junio de 1426: para esta obra se impusieron censos sobre varias casas capitulares por valor de 56,000 sueldos.

(4) Cincuenta y un metros: el remate mide setenta palmos valencianos; quince metros. Este remate, cuyo objeto es sostener la campana de las horas, era de madera, y se quemó en 1657, haciendo fuegos para celebrar el nacimiento del príncipe D. Felipe, hijo del rey D. Felipe IV. Entonces se construyó de obra, como hoy existe.

sube hasta la plataforma, en cuyo centro se levanta el templete que sostiene la gran campana de las horas. Dispuso el Consejo de la ciudad su construcción en 1413, antes de que estuviera concluido el campanario nuevo, pero no se fundió hasta 1418 (1). Gran fiesta fué para Valencia su bendición solemne. La reina doña Margarita, viuda de D. Martín el Humano, y el duque de Gandía, gobernador del reino, fueron los padrinos. Como era el día de San Miguel, se le puso este nombre. Los valencianos, para quienes el diminutivo fué siempre afectuoso y chancero, llamaron *Micalet* á la colosal campana, de cuya magnitud se hacían lenguas, vanagloriándose de que pesase trescientos quintales. *Torre del Micalet* denominóse el campanario, y después *Micalet* á secas; *Miguelete* en castellano. La campana se ha roto y ha sido refundida varias veces; la actual data de 1539 (2).

No sólo para los valencianos es interesante y atractiva la torre de la Catedral; lo es también para el forastero, que encuentra en ella la encumbrada atalaya y la miranda vistosa de la ciudad, de sus alegres alrededores y de sus panorámicas lejanías. En la extensa llanura de Valencia faltan puntos de vista, y el Miguelete los ofrece magníficos. Desde su alta plataforma la

(1) En el *Manual de Consells* consta este acuerdo del Consejo general; y el de comprar 160 quintales, ó más, de cobre, y que la campana se subiese á la torre de la iglesia mayor á expensas de los tres estamentos. Por entonces no surtieron efecto estos acuerdos. Llop, en su *Fábrica de Murs y Valls*, copia los capítulos del convenio entre el obispo y el cabildo, por una parte, y los jurados y obreros de aquella Fábrica, por otra, para la construcción de la campana en 1418.

(2) La campana primera se rompió en 1458; volvió á fundirse y fué bautizada con el mismo nombre de Miguel en 1465. Esta segunda campana sólo duró hasta 1471: rota de nuevo, fué fundida en 1481. En 1519 un rayo quemó el maderamen que la sostenía y se hizo trozos al caer: al refundirse en 1521, al nombre de Miguel le agregaron el de Vicente. Volvió á romperse en 1532 «fent alegrís per una victoria que tingué lemprador contra lo Turch, en lo ducat de Austria en una ciutat que ha nom Viena» (dieterio del notario Soria). Hizose de nuevo en 1539, y aún existe, con los nombres de Miguel Vicente. La campana de los cuartos de hora fué construída en 1736. En el último cuerpo de la torre están las campanas del Cabildo: son once, algunas de ellas muy antiguas, y se distinguen con los nombres de María, Jaime, Manuel, Andrés, Vicente, Narciso, Pablo, Bárbara, Violante, Úrsula y Catalina.

población aparece como un plano geométrico, con su acumulado caserío, sus calles estrechas y hondas, sus tejados oblicuos, sus terrazas planas, sus abiertas azoteas, sobre las cuales vuelan bandadas de palomas; y destacándose en aquella aglomeración de edificios, las iglesias, los conventos, los palacios, con sus campanarios esbeltos y trasflorados, y sus cúpulas azules y doradas. La ciudad se confunde con los pueblos y las alquerías de la huerta, envueltos en la verdura de los campos. La ancha faja del Turia, bien diseñada por las líneas rectas de los pretils, corta por una parte aquel vergel frondoso; por otra, lo limita la suave curva del cercano mar, teñido casi siempre de resplandeciente azul. A la parte de Mediodía, brilla con claridad argentina el lago de la Albufera. De la montaña de Sagunto á la de Cullera, traza la sierra á lo lejos su hemicíclo de piedra, como la gradería de un teatro romano. El espectáculo es hermoso y deslumbrador: los ojos se cierran involuntariamente, cegados por tanta luz, tanto color, tanta brillantez y tanta magnificencia (1).

Apartemos la vista fatigada de esta visión esplendorosa; hundámonos en la lóbrega escalera de caracol, y bajando con tiento sus gradas resbaladizas, desemboquemos, allá abajo, en el interior del templo, que retumba con los acordes resonantes del órgano y la voz llena y pausada de los sochantres. ¡Qué reposo! ¡Qué majestad! No puedo juzgar yo de la emoción puramente estética que produce la Catedral vista por dentro: para mí, es algo más que una obra de arte, sujeta al examen del crítico; en ella, todo me habla al corazón, todo me impresiona hondamente. ¡Admiré tanto, de niño, sus solemnes pompas, trunfo del soñado cielo para la imaginación infantil! ¡Claváronse con tal afán en sus altares mis pupilas radiantes ó llorosas, en

(1) «El panorama que se descubre desde el Miguelete es sorprendente: para los hijos del Norte, acostumbrados á las nubes y nieblas, la brillantez del cielo es, por sí sola, suficiente maravilla. La atmósfera es tan pura y tan diáfana que los objetos distantes parecen estar al alcance de la mano.» *A Handbook for travellers in Spain*, by Richard Ford.